

aportes

Abril de 1983



Luis Mattini



**LOS PARTIDOS COMUNISTAS,
LAS ORGANIZACIONES ARMADAS
Y EL MARXISMO LENINISMO
EN AMERICA LATINA**



En su trabajo, Luis Mattini se remite o cita frecuentemente un trabajo del Comandante Schafik Handal, Secretario Gral. del Partido Comunista Salvadoreño, publicado originalmente en "Fundamentos y Perspectivas" Nro.4, por lo que hemos resuelto reproducirlo junto al artículo de Mattini.

Entendemos que, de esta forma, nuestros lectores podrán contar con más aportes sobre el tema que analizan ambos autores.

Las revoluciones burguesas, como las del siglo XVII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan enseguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las primeras indecisiones, de los lados flojos y la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco ante ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: Hic Rhodus, hic salta! Aquí está la rosa, baila aquí!

*(Carlos Marx:
El 18 brumario de Luis Bonaparte)*

La "sorpresa" de la Revolución Cubana primero, la de Nicaragua después e incluso, de alguna forma, el actual proceso de Centro América, pareciera indicar que en nuestro continente el marxismo leninismo no conduce al movimiento revolucionario. Este ascenso liberador que desde hace más de veinte años está sacudiendo nuestra realidad sin la dirección de los Partidos Comunistas, empalidecen la prolija trayectoria del marxismo leninismo en América Latina.

Si echáramos una rápida mirada retrospectiva a la evolución del marxismo, veríamos que en América se lo conocía con rela-

tiva familiaridad casi simultáneamente con los centros del viejo mundo, siendo poco conocido a la sazón en el Oriente, a excepción de la parte asiática de Rusia, y no hablémos del África, lugar en que no existía.

Pareciera que un aparente capricho de la historia ha hecho que Asia, que no conoció el socialismo científico hasta las primeras décadas de nuestro siglo, devino en uno de los lugares del mundo en donde —después de la URSS— se lo ha aplicado con mayor creatividad en complejísimo procesos revolucionarios. Así vemos hoy el legendario Partido Comunista de Vietnam que tiene el legítimo orgullo de haber derrotado a tres grandes imperios; el Partido del Trabajo de Corea, del cual siempre se olvida que fue el que le infligió la primera derrota militar a los yanquis en su historia; y también el Partido Comunista Chino a pesar de sus graves desviaciones actuales.

Mientras tanto, en Nuestra América, que poseía una rica tradición de Partidos Comunistas, los procesos revolucionarios triunfantes no han sido iniciados, conducidos y garantizados por ellos, sino por movimientos que explícitamente se definieron más bien democrático-revolucionarios, y no publicaron documentos políticos ideológicos de teoría, estrategia y táctica marxista, (durante el proceso de lucha por el poder), como lo hicieron los asiáticos.

Tampoco sus dirigentes se identificaron en la primera etapa con la tradición del Movimiento Comunista Internacional.

Sin embargo, por lo menos en el caso cubano, el movimiento revolucionario de Fidel se transformó en uno de los Partidos Comunistas más fieles al marxismo leninismo y al internacionalismo proletario y, por el contrario, Mao que frecuentemente citaba "las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin", como quien recita el catecismo, engendró el revisionismo peculiar de China y la forma más sutil de chovinismo.

Fenómenos tan contradictorios como el populismo y macartismo de los cincuenta por un lado y el surgimiento de corrientes auténticamente revolucionarias, incluso marxistas, en los años sesenta al margen del Movimiento Comunista, tienden a hacer olvidar el gran aporte de los Partidos Comunistas a la lucha de clases de nuestro continente. Recordemos que ya la Primera Internacional tuvo su filial en América La-

tina, la sección Montevideo-Buenos Aires, que el socialismo se extendía hacia nuestros lares con la influencia del socialismo francés y alemán en las últimas décadas del siglo pasado y que ser comunista en la postguerra no era moco de pavo, especialmente en los países más directamente influenciados por los Estados Unidos en donde el FBI actuaba como en su casa.

Los comunistas han sido los principales organizadores del sindicalismo, del verdadero y auténtico sindicalismo, porque si bien tanto anarquistas como los viejos socialistas trabajaron mucho en ese sentido, en el caso de los primeros primaba un criterio elitista, apolítico y aristocrático⁽¹⁾; mientras que en el caso de los segundos, cada vez transitaban más el sendero del parlamentarismo y la conciliación de clases. Los comunistas impulsaron los sindicatos por rama de la industria y no por oficios, a la vez que educaban al proletariado en la lucha política elevando su conciencia.

Frecuentemente se acusa al marxismo europeo, transplantado a América, esto es a comunistas y socialistas, de no entender la "cuestión nacional" en cada país. Esta es una verdad a medias, ya que dentro de las limitaciones de la época, los comunistas fueron quienes mantuvieron las posturas más correctas, mientras que el "ultra internacionalismo" de los anarquistas les impedía ver las particularidades nacionales, al tiempo que el internacionalismo de la socialdemocracia servía de hecho a los intereses del capital monopolista por cuanto entendía que la penetración imperialista era favorable, toda vez que transportaba, a su pesar, "civilización".

LA TERCERA INTERNACIONAL Y EL FRACASO DE LOS PC

Nunca está demás remarcar que el carácter continental del proceso histórico latinoamericano implica la forma nacional de cada país. En este sentido es muy frecuente, dar explicaciones a las situaciones particulares únicamente a partir de la generalidad del desarrollo, viendo unilateralmente los elementos que son comunes a distintas situaciones y dejando de lado las grandes diferencias y en especial, las características de las fuerzas internas de cada proceso.

No es nuestra intención agotar el análisis de las causas por las cuales los Partidos

Comunistas fueron desplazados por otras fuerzas revolucionarias ya que eso es algo que se debe hacer en cada terreno concreto. Nuestro objetivo es tratar de demostrar el carácter concurrente, no alternativo, de estas fuerzas revolucionarias con los partidos comunistas en América Latina. Y con ese espíritu es que tratamos de, más que crear nuevas teorías, demostrar las erróneas interpretaciones acerca de este problema, las cuales al recorrer el camino de lo general a veces impiden ver los motores internos y, a la inversa de la célebre metáfora, en este caso el bosque no nos deja ver los árboles que nos interesan.

A nuestro juicio la acusación más burda, simplista y a veces mal intencionada, es aquella que atribuye los fracasos de los Partidos Comunistas a la política de la Tercera Internacional en tiempos de Stalin. Este juicio deja dos consecuencias formales en el diálogo: o bien los Partidos fueron simples instrumentos de los "mezquinos intereses de Moscú" con lo cual se deja ver un concepto muy poco halagador de las masas que los siguieron, o bien no tienen ninguna responsabilidad porque nada podían hacer frente a la "omnipotencia" de la Internacional.

Veamos brevemente los hechos y saquemos nuestra propia conclusión:

Al calor de la poderosa influencia de Octubre la Internacional, rescatando el marxismo para la tradición del proletariado, se propone coordinar e impulsar el ejemplo en toda Europa —lo que significaba en todo el mundo— en momentos en que tanto Lenin como los bolcheviques y todos los intelectuales marxistas de la época, consideraban que el destino de la Revolución Rusa dependía del desarrollo más o menos inmediato de la revolución mundial. La ola revolucionaria sacude toda Europa pero en ningún país logra el triunfo a pesar que el sistema mundial del capitalismo se precipita hacia la famosa crisis de 1929.

El triunfo de la revolución proletaria en uno de los países más atrasados de Europa, el fracaso de las revoluciones en las naciones centrales y el despertar del mundo colonial se pueden consignar como los más importantes factores que confluyen hacia un nuevo período de salto en la creatividad del marxismo. Entre otras cosas se pone a la orden del día la discusión y

necesidad del socialismo en un solo país y la importancia de la lucha anticolonial; el socialismo científico se transforma así en el marxismo en la época del imperialismo y la revolución proletaria: en Marxismo Leninismo.

Al pasar es bueno recordarles a los nacionalistas, quienes han acusado siempre a los comunistas de desentenderse del problema nacional, que nadie mejor que Lenin —un internacionalista consecuente— desarrolló con mayor profundidad esta vital cuestión. Por algo Ho Chi Ming cuenta que él se hizo comunista y se adhirió a la Tercera Internacional porque —a diferencia de los socialistas y otras corrientes del pensamiento social avanzado— los comunistas pusieron de relieve la necesidad de que el proletariado se pusiera al frente de la lucha anticolonial levantando la autodeterminación de las naciones.

Naturalmente que este proceso creativo en el seno del Movimiento Comunista Internacional, no se llevaba a cabo sin una rica discusión que a veces podía llegar a ser polémica. Por ejemplo: Dos de los hombres más incondicionales a Lenin durante la Revolución Rusa, Stalin y Dzerzhinski tuvieron en su momento opiniones diferentes en esta cuestión. Stalin no sólo defendía la autodeterminación de las naciones, sino que fue el hombre designado por Lenin para concretarla en uno de los primeros actos del Poder Soviético, mientras que Dzerzhinski, destacado bolchevique polaco, por una esquemática visión del internacionalismo, negaba el derecho de Polonia a su autodeterminación. Como se conoce, luego reconoció su error e impulsó con toda fuerza la línea del Partido.

Observando este proceso en su dinámica, podemos comprender que en la política de la Internacional se produjeron oscilaciones en tiempos tan difíciles, tanto más después de la muerte de Lenin, el guía más sagaz. Así en sus V y VI Congresos se puede reconocer una notable desviación de izquierda, la cual ocasionó no pocos errores, hasta que es corregida en el VII Congreso con las célebres tesis de Dimitrov sobre la necesidad del frente internacional contra el fascismo.

La crítica que presupone que la pérdida de iniciativa revolucionaria y el "fracaso" de los Partidos Comunistas Latinoamericanos (y algunos europeos, dicho sea de pa-

so) se debe a las orientaciones de la Internacional, parte en líneas generales de la siguiente argumentación: Después de la muerte de Lenin, la Internacional pierde su carácter ofensivo elaborando una política conservadora la cual —de acuerdo a esta tesis— gira en torno a la defensa de los intereses de la URSS. Toda la política de los P.C. sufre un giro de derecha pasando a "pensar" como Moscú, a analizar la realidad de cada país de acuerdo al "clima" de Moscú. Como el socialismo en un solo país —siempre de acuerdo a esta tesis— es imposible, se sacrifican los intereses de la revolución mundial a la consolidación de un sistema burocrático. Trotski, principal exponente de esta teoría, llegó a prever una "reacción termidoriana"⁽²⁾ en la URSS que llevaría a la patria de Lenin de regreso al capitalismo.

Pero la historia, que es una señora muy porfiada, se ha encargado de desmentir estas falaces afirmaciones y estos juicios pesimistas, subjetivos y contrarrevolucionarios. El socialismo en un solo país fue posible, con un colosal esfuerzo humano por supuesto, y lo es cada vez más precisamente gracias a la consolidación de la Unión Soviética y el Sistema Mundial del Socialismo. Ahora no sólo es una realidad, sino que en nuestra época pueden verse con asombro revoluciones francesas y rusas al mismo tiempo y países que pasan prácticamente del tribalismo ininterrumpidamente al socialismo.

Como bien señalaba el Comandante Fidel Castro, la existencia del Sistema Socialista Mundial permite invertir los términos: antes el desarrollo era el factor principal del socialismo, ahora el socialismo es factor de desarrollo.⁽³⁾

Si la Internacional hubiese sido consecuente defensora de un *status quo* supuestamente impulsado por la necesidad del Estado Soviético, no se explica la línea ultraizquierdista votada que impulsó los enfrentamientos con la socialdemocracia en toda Europa con graves consecuencias, en primer lugar para la propia URSS. En cambio con la corrección de la línea en el VII Congreso, mientras los Partidos Comunistas Latinoamericanos perdían terreno en favor al populismo y otras fuerzas, el Asia despertaba al socialismo por la vía anticolonial en procesos ininterrumpidos desde formaciones económicas práctica-

mente precapitalistas, casi feudales, dirigidos por los mismo Partidos Comunistas que habían votado la línea del gran Dimitrov. Puede argumentarse que tanto chinos como coreanos y vietnamitas condujeron a sus pueblos a la victoria "a pesar" de la Internacional, en cuyo caso sería lícito pensar lo contrario, que los Partidos Comunistas Latinoamericanos perdieron la iniciativa "a pesar" de la Internacional. Pero la historia no termina aquí, porque aprovechando la presencia del Ejército Rojo y la debilidad de las burguesías, nuevos países, esta vez europeos, pasaron al socialismo dirigidos también por sus Partidos Comunistas: Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Alemania, Bulgaria, Rumania y también Yugoslavia y Albania.⁽⁴⁾

Puede discutirse días enteros acerca de las particularidades del proceso revolucionario en estos países e incluso de los actuales problemas, lo mismo que sobre los conflictos y contradicciones suscitadas en el seno del Movimiento Comunista a raíz de estas realidades, empero dos cosas son indiscutibles:

La primera es que han sido sus Partidos Comunistas los que dirigieron esos procesos, los mismo partidos que votaron las resoluciones de Dimitrov. La segunda: esos procesos no sólo contaron con el aval de los "mezquinos intereses de Moscú", sino que el apoyo del Ejército Rojo es más que elocuente.

Si pudiéramos continuar con los ejemplos de esta tan caprichosa señora historia, veríamos cómo incluso los acontecimientos que vivimos en estos días, (Angola, Etiopía, la propia Cuba, etc.), revelan hasta dónde es falsa la acusación de política de "status quo" para la URSS y el Sistema Socialista Mundial.

La resolución de la Internacional, propiciada por Dimitrov de oponer frentes populares al fascismo, era una línea general para enfrentar una reacción que no era cualquier reacción. Se trataba del fascismo, como expresión de lo más reaccionario del capital financiero y cuyas aspiraciones de dominio mundial, de concretarse, no sólo habrían significado la derrota de todos los movimientos revolucionarios, sino eventualmente un retroceso de la humanidad hacia una nueva "edad media". La defensa del primer estado proletario, la Unión Soviética, ha sido un legítimo derecho y deber

del proletariado internacional, como lo es ahora la defensa del Sistema Mundial del Socialismo.

Sin embargo, esa línea general, como toda política, debía ser aplicada de acuerdo a las realidades concretas de cada país o región del mundo. Y eso es precisamente lo que han sabido hacer los comunistas asiáticos y de Europa del Este y en ello radica el mérito de su triunfo.

Por lo tanto responsabilizar a la Internacional de los fracasos de los partidos comunistas latinoamericanos es esquivarle el bulto a nuestras propias responsabilidades, al análisis concreto de nuestras realidades.

Naturalmente que no podemos desconocer como posibilidad, que eventuales errores en los lineamientos de la Internacional, tienen que influir en la línea de los partidos afiliados, que hay una interrelación entre nacional e internacional. Pero el análisis no puede partir de lo general, en este caso de la Internacional, sino de lo particular, de las fuerzas motoras internas de cada proceso, de la situación concreta de nuestra realidad.

Por otra parte y para finalizar con el punto, tampoco se puede decir que con otra política, hoy los partidos comunistas latinoamericanos estarían en el poder. Eso sería especulación astrológica más que análisis marxista, ya que es un problema que depende de muchos factores y no sólo de la mayor o menor fortaleza de un Partido.

LOS COMUNISTAS Y EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO LATINOAMERICANO

Hemos entrado de lleno en la década del ochenta, una década "caliente" y por muchos motivos es posible que en este período se puedan cosechar los frutos sembrados durante los años sesenta. Nicaragua prácticamente ha inaugurado la nueva época y lo que está ocurriendo en El Salvador es más alentador aún.

Por eso es urgente entender esta realidad, como lo ha hecho el Partido Comunista de El Salvador del cual hablaremos brevemente luego. Los Partidos Comunistas deben comprender que a partir de los años sesenta existe en América Latina un auténtico Movimiento Revolucionario que ha surgido fuera de sus filas o que a veces se ha desprendido de sus propios cuerpos.

Grupos que han roto con los partidos, pero no con el movimiento comunista en su conjunto.

Estas organizaciones, con el común denominador de la lucha armada revolucionaria, no tienen para nada un origen extra-americano v. por el contrario, han surgido de las entrañas mismas de la historia de nuestro continente.

Puede y debe hacerse un análisis de clase de dichos movimientos, pero debe partirse de que su existencia objetiva, refleja la dinámica particular de la lucha de clases de Nuestra América. No es posible continuar con los calificativos "a priori" sobre lo esencial de estas manifestaciones de voluntad y acción revolucionaria; epítetos como "trotskistas", "neanarquistas", "foquistas", etc. La vida demuestra que estas vanguardias representan esfuerzos, inmaduros tal vez en muchos casos, de sincera decisión revolucionaria.

Grupos de hombres decididos, que a veces sin conocer el marxismo y mal conociéndolo las más, cumplan con la célebre tesis fundamental de Marx: *"no sólo interpretar de diversas maneras el mundo, sino transformarlo"*.

No podemos ignorar que es grande la variedad de grupos, que reflejan diversas influencias ideológicas e intenciones, donde tampoco es descartable la existencia de provocadores. Pero lo que debe ser un poderoso llamado de atención para los marxistas "ortodoxos" es que la tendencia indica que de esas fuerzas surgen las direcciones revolucionarias desplazando a quienes se autotitulan representantes del proletariado.

La Conferencia de los Partidos Comunistas de La Habana en 1975 dio un importante paso en este aspecto al reconocer y llamar a investigar esta realidad latinoamericana para trazar una política tendiente a la unidad. Más, a excepción de Centroamérica y recientemente de Chile, es muy poco lo que se ha avanzado en relación al tiempo transcurrido y a la galopante dinámica de nuestros países.

Es muy frecuente que estos movimientos revolucionarios adolezcan durante sus primeras etapas de una escasa experiencia de masas y un débil dominio del socialismo científico, algo que, en general poseen los Partidos Comunistas con largos años de dura existencia. Por lo tanto, si verdaderamente existe una vocación revolucionaria,

si hay capacidad autocrítica y si realmente se domina el marxismo leninismo, es posible encontrar una línea de convergencia hacia la construcción de una dirección revolucionaria única.

Luis Corvalán ha dicho y creemos que con razón: *"Los comunistas no somos vegetarianos"*; la metáfora estaba dirigida a explicar que los comunistas pueden comprender la necesidad de la violencia revolucionaria cuando están cerradas todas las vías pacíficas e incluso plantearse la necesidad de la preparación militar para enfrentar el problema de la violencia. Pero una vez más la vida ha demostrado que cuando fue necesaria la implementación bélica no se estaba preparado ni siquiera psicológicamente para ella.

Por eso, si bien es cierto que gran parte del movimiento revolucionario latinoamericano ha cometido graves errores en la preparación y ejecución de la lucha armada, errores que a veces cuestan años de recuperación, no puede negarse que cuando estos movimientos se plantearon el problema fundamental de toda revolución, el problema del poder, obraron en consecuencia con sus planteos.

Porque entre revolucionarios las cosas hay que llamarlas por su nombre: La discusión sobre la lucha armada no es la causa de las diferencias esenciales entre los Partidos Comunistas y los demás Movimientos revolucionarios, sino su efecto. La diferencia pasa por la cuestión del poder y como para los marxistas la práctica es el criterio de la verdad: la práctica demuestra en este caso la médula del problema. La experiencia de estos movimientos revolucionarios tiende a resolver el problema teórico en la realidad latinoamericana de la relación entre carácter de la revolución y su programa por un lado y las vías hacia el poder por otro. En lugar de separar mecánicamente ambas categorías se encuentra la solución dialéctica probada en la Revolución Cubana, en la reciente experiencia de Nicaragua y, como veremos a continuación, en El Salvador.

LA EXPERIENCIA DE EL SALVADOR

Si nos detenemos un poco en la particularidad de El Salvador, no es por espíritu exitista, sino porque la experiencia del Partido Comunista Salvadoreño es hasta

ahora excepcional en América y está marcando un camino común para la mayor parte de nuestros países. En efecto: el mundillo de las organizaciones revolucionarias y el mundo en general, quedó asombrado ante la declaración conjunta de unidad entre fuerzas revolucionarias de El Salvador, incluyendo el Partido Comunista. Precisamente esa inclusión del Partido Comunista fue lo más llamativo. No faltaron los intelectualillos de siempre que dijeron que el PC se "prendía" de una revolución en marcha como ya lo había hecho el viejo PC cubano y aleccionado por la experiencia de Nicaragua donde su Partido Comunista terminó prácticamente en un desastre a excepción de la parte que se sumó a la guerra revolucionaria. Estos comentarios totalmente falsos son una verdadera infamia. Sabemos que el PC de El Salvador, no sin dificultades por supuesto, inició un proceso interno desde hace varios años atrás que lo condujo a este desenlace tan importante para la revolución de su país y ejemplar para toda América Latina. No desconocemos ni dejamos de valorar la parte que le corresponde a las demás fuerzas revolucionarias de El Salvador en el logro de la unidad, pero si destacamos al Partido Comunista es porque se trata tal vez de la fuerza política que más tuvo que revolucionar su línea y sus conceptos para lograr la unidad. En una palabra, es un Partido que logró ver la realidad y actúa consecuentemente con su voluntad revolucionaria.

El secretario general del PC Salvadoreño, compañero Comandante Schafik Handal, ha publicado numerosos trabajos acerca de la estrategia revolucionaria y la necesidad de comprender la realidad de El Salvador. Sus análisis son verdadera vanguardia en las publicaciones de los partidos comunistas latinoamericanos en esa orientación. Para ello ha partido de una premisa absolutamente correcta, tan archiconocida y tan olvidada: Que el problema fundamental de toda revolución es el problema del poder. Junto con este "replanteo" el Comandante Handal y sus camaradas investigan sin prejuicios las causas del surgimiento de movimientos revolucionarios al margen del Partido Comunista, arribando a la conclusión que si bien se pueden observar características de infantilismo de izquierda en la mayor parte de las Organizaciones Ar-

madas, ellas tienen algo más claro que el Partido Comunista: Ni más ni menos que el problema del poder. Al mismo tiempo sostienen que el surgimiento de esas organizaciones revolucionarias se debe de una parte a la ausencia en el Partido Comunista de la resolución del problema del poder y de otra, la más importante, por las peculiaridades del desarrollo social en el capitalismo dependiente. Dice Handal:

"Entre las causas que hicieron posible el surgimiento de organizaciones revolucionarias fuera de las estructuras del PCS, tiene un lugar importante los rasgos reformistas de su política, los cuales ya he puntualizado, su incompreensión de los problemas y posibilidades prácticas para organizar y desarrollar la lucha armada en las condiciones de nuestro pequeño y densamente poblado país..."

Más adelante agrega:

"Pero los errores y debilidades del Partido Comunista no son la causa absoluta del surgimiento de dichas organizaciones, como se ha alegado por algunos. Incluso si el partido no hubiera cometido tales errores habrían surgido una o más organizaciones izquierdistas, como lo han demostrado otras experiencias, entre ellas la de los bolcheviques."

"Es que además de causas subjetivas existen determinantes causas objetivas que tienen sus raíces en la estructura clasista y los fenómenos sociales propios del capitalismo dependiente, cuando el modo de producción y la superestructura estatal albergan residuos de formaciones sociales precapitalistas o del capitalismo inicial..."⁽⁵⁾

Es muy recomendable la lectura y el estudio de los materiales publicados en los últimos años por este destacado revolucionario del movimiento comunista, pues incluyendo sus interesantes estudios acerca de las características del fascismo en nuestro continente, constituyen uno de los aportes más serios y concretos a los problemas de la revolución latinoamericana y en especial a la unidad revolucionarias.

UN NUEVO MARXISMO?

Si realmente queremos el avance revolucionario en América Latina y consideramos que la unidad es fundamental para ese

objetivo, tenemos que tratar de comprender a las fuerzas que nos proponemos unir. Como decíamos más arriba, los juicios y calificativos "a priori", las expresiones trilladas y las recetas pseudo marxistas han hecho mucho daño a la unidad y un gran servicio al imperialismo. Debemos reconocer que tanto los Partidos Comunistas como el resto de las fuerzas revolucionarias, enfrentados en la polémica no han ahorrado epítetos y acusaciones de todo tipo. Pero también conviene advertir que muchas veces, opiniones no latinoamericanas y mucho menos autorizadas, como las de cierta "izquierda" que hace las revoluciones en los cafés de París y pone en la misma bolsa los problemas de El Salvador con los de Polonia, han metido mucho la mano. Esto no tendría demasiada importancia si no fuera porque frecuentemente, sanas y legítimas organizaciones revolucionarias, desconfiando del "marxismo oficial" se han educado con el pseudo marxismo de los intelectuales representantes de esa "izquierda".

Partiendo de la tesis que se desprende de los análisis de Handal para El Salvador,⁽⁶⁾ en el sentido que los PC pierden la delantera en los procesos revolucionarios porque han descuidado la cuestión principal de toda revolución, tenemos que investigar por qué se ha dejado de lado este vital problema.

No podríamos prejuzgar que es una postura consciente de "vegetarianismo" pues de ser así descalificaríamos toda posibilidad de alianza estratégica tendiente a formar un solo partido revolucionario y nos limitaríamos a propiciar acuerdos tácticos no muy diferentes que los que podríamos llegar con la socialdemocracia.

A nuestro juicio una de las causas de esta pérdida de visión de la vigencia de la cuestión del poder, arranca de una esquematización del marxismo leninismo, que tiene su origen en la utilización unilateral del materialismo histórico en desmedro del materialismo dialéctico. Apresurémonos a destacar que nada más lejos de nuestra tradición entre ambos materialismos, que en realidad son la misma cosa, sino apuntar a tratar de explicar la manifestación de un grave error en la aplicación del marxismo leninismo.

Esencialmente el error consiste en no hacer un análisis materialista de la historia

latinoamericana, no aplicar la dialéctica al estudio de nuestra particularidad histórica, sino calcar los análisis de los clásicos para la historia universal.

Por lo tanto, de acuerdo al esquema que sale de dicho punto de partida (feudalismo, capitalismo, socialismo), en nuestros países hay que completar las revoluciones burguesas (agrarias antimperialistas) tarea al frente de la cual debe estar la burguesía democrática no monopolista. Como consecuencia la estrategia revolucionaria estará más acentuada en el programa del partido, el programa de las transformaciones sociales, que en la vía de la revolución y más concretamente que en la necesidad del poder proletario y popular como garantía precisamente de completar la revolución agraria y antimperialista abriendo el camino del socialismo. Esto es precisamente lo contrario de lo que hicieron los comunistas vietnamitas, coreanos y chinos, a pesar de que ellos definían con precisión casi matemática las diversas etapas por las que debía atravesar el proceso revolucionario.

Esto también es lo contrario de lo que hicieron los movimientos revolucionarios que han triunfado en América Latina, quienes hablaron muy poco del proceso histórico en esos términos y sí en cambio, en expresiones de la continuidad de la lucha independentista latinoamericana. Y esto también es materialismo histórico. Fueron dialécticos sin declamar la dialéctica, fueron marxistas leninistas sin definirse como tales. En una palabra, aplicaron la dialéctica del materialismo histórico a nuestra realidad y no una receta europea para un mal latinoamericano. No siempre citaron a Lenin, aunque evidentemente conocían y estudiaban y, cuando lo juzgaron conveniente (en su realidad concreta), como el caso de Cuba, Lenin pasó a presidir la pléyade de los grandes revolucionarios junto a Martí o Céspedes.

Pero atención, veamos la otra cara de la medalla: de estas válidas experiencias para sus situaciones concretas, otros grupos revolucionarios sacaron la conclusión de que hay que ser marxista sin nombrar a Marx; ser comunistas sin decir que lo somos, porque las masas supuestamente desconfían del comunismo. Esto en general también es una transplatación tan mecánica de la experiencia, como pudieron haber sido la de los marxistas "orto-

doxos", porque se pierden de vista dos aspectos: primero, que no todos los países latinoamericanos son iguales y segundo: que a partir de la Segunda Declaración de La Habana, el comunismo ha dejado de ser un "cuco". Quién puede, por ejemplo, dejar de hablar con un lenguaje directamente marxista en Chile, Argentina o Uruguay para citar sólo algunos países?

Porque si reconocemos y criticamos la tendencia errónea del Movimiento Comunista al generalizar la comparación de nuestro continente con el europeo, no ha sido menos equivocada su contrapartida al establecer igualdades que no existen en América. Del mismo modo que el "modelo ruso" no funcionó para América, tampoco funciona el "modelo cubano" para Argentina, Chile o Uruguay. Además, con frecuencia, el intento de superar el marxismo "europeo" ha llevado a establecer otras formales comparaciones con Asia y África.

El punto común entre Asia, África y América Latina es que son continentes objetivamente maduros para la revolución por ser las principales víctimas de la rapiña imperialista, los eslabones más débiles de la cadena, pero a partir de allí, de establecer los elementos comunes que unifican la lucha antimperialista, a la hora de trazar las tácticas concretas, es necesario diferenciar cada realidad. No puede identificarse como una misma cosa la lucha antimperialista de pueblos, también subdesarrollados, pero con un relativo desarrollo capitalista medio y con formal independencia política, con la guerra anticolonial de pueblos en distintos estadios de desarrollo socio-económico. Por esta vía de razonamiento, algunos movimientos revolucionarios han trocado el "marxismo europeo" por el marxismo vietnamita o el marxismo chino.

Y en estas esquematizaciones han hecho palanca los populistas y nacionalistas para acusar al marxismo leninismo de no ser algo "nuestro".

Si se trata de usar el nombre de cada país como adjetivo para calificar la forma específica que adquiere el proceso revolucionario en cada lugar, es perfectamente posible hacerlo — marxismo ruso, marxismo vietnamita y hasta marxismo caribeño. Pero en todo caso hay que diferenciar muy bien el concepto de "marxismo ruso" del

marxismo leninismo. En este caso "marxismo ruso" sería la forma específica que adquirió la Revolución Rusa. El marxismo leninismo, en cambio, es algo más amplio y profundo a la vez. Lenin no trazó sólo los lineamientos estratégicos y la táctica que llevó al proletariado ruso al poder. Lenin representa el desarrollo universal del marxismo en una nueva época histórica; la época del imperialismo y la revolución proletaria. Por lo tanto el marxismo leninismo es el sistema de ideas del socialismo científico de aplicación universal y no como recetas para cada país.

De modo que no podemos hablar de un "nuevo marxismo", de la necesidad de un "marxismo latinoamericano", sino más específicamente de la aplicación concreta del marxismo leninismo a la realidad específica de cada país. Debemos hablar de la necesidad de la teoría de la revolución en cada país de nuestro continente, de su verbo, de su dinámica, de las vías y los medios de lucha y de la difusión de las ideas revolucionarias.

Pero la teoría marxista, como toda teoría y más que ninguna otra, surge de la práctica, de la práctica militante y por tanto sería idealista y pretencioso suponer que en las mentes de grupos de intelectuales atrincherados en los laboratorios de sus países o en el exilio, pudiera salir lo sustancial de la teoría de la revolución argentina, uruguaya, colombiana o chilena.

La teoría de la revolución de nuestros países, la están escribiendo las masas latinoamericanas en su larga lucha antimperialista, como parte de la lucha de todos los pueblos del mundo. Y si de práctica y experiencia se trata, no se puede ignorar ni la de los Partidos Comunistas ni la de los Movimientos Revolucionarios surgidos en la década del sesenta como respuesta a la potencialidad revolucionaria bloqueada por el inmovilismo de un "marxismo" estático, aletargado por largos años de encasillamiento, hostigado por el macartismo y el nacionalismo y desilusionado de la revolución proletaria.

No siempre los reveses tácticos son sinónimos de derrota y en la mayoría de los países latinoamericanos durante las dos últimas décadas, estos movimientos han dejado imborrables huellas en la experiencia de las masas. En algunos casos han sido destrozados, en otros golpeados duramen-

te tienden a reconstruirse y en otros están en pleno apogeo. Aún en la situación más difícil, la memoria colectiva de las masas atesora esa experiencia y se equivocan aquellos que piensan que este fenómeno es igual al de los anarquistas de finales de siglo y que por lo tanto no se volverá a repetir. Algunos rasgos formales similares no significan que las causas que engendran estos grupos sean las mismas, ni siquiera que la composición de clase se identifique con el viejo anarquismo. El anarquismo es hoy ahistórico y en cambio estos movimientos surgen precisamente por necesidades históricas.

Los Partidos Comunistas deben comprender que estos Movimientos están dejando de ser adolescentes, están dejando atrás la etapa del infantilismo y el romanticismo revolucionario, están abandonando, sacudidos por la dura realidad de la lucha de clases, la pretenciosa postura de "grupos de elegidos" de sujetos históricos de la revolución, están empezando no sólo a comprender, sino a asumir el papel que le corresponde al proletariado como clase en el sentido de sujeto histórico, se están despojando de sus prejuicios contra el sindicalismo y el proletariado industrial en general y en consecuencia están madurando en el leninismo.

Dada la objetiva situación revolucionaria en América Latina, lo más probable es que todo lo insustancial, estridentista y ruidoso, como así también eventuales provocadores, sean barridos por la lucha de las masas y los legítimos revolucionarios sabrán ponerse al frente desplazando inexorablemente a los Partidos Comunistas en la medida que estos no comprendan la necesidad del cambio.

Los Partidos Comunistas deben comprender también que ellos son depositarios en un gran número de casos, de un bagaje de experiencia, en especial en la organización del movimiento de masas y también en el dominio de la teoría revolucionaria, el cual, puesto en el mismo frente puede evitar costos mayores al de por sí alto precio de la libertad de nuestros pueblos.

Es necesario sacudirse del cuerpo ese pseudo materialismo histórico que justifica tener más paciencia con los amigos a su derecha que en los de su izquierda, unir los esfuerzos al conjunto del movi-

miento revolucionario para ofrecer partidos de vanguardia a las masas; para trazar una táctica concreta en cada país, con el marxismo leninismo recreado en la vida misma de cada nación. Esté o no dentro de su concepción estratégica, la violencia revolucionaria, más tarde o más temprano es inevitable en la mayoría de nuestros países y hoy en día la revolución violenta toma forma de lucha armada. Los comunistas, como parte importante de nuestra realidad se verán envueltos en la misma a su pesar; y aquí es bueno recordar que alguien dijo alguna vez que los problemas militares son demasiado importantes para dejarlos en manos militares. Esta afirmación es más cierta aún en el caso de los revolucionarios, donde la política debe dirigir ineluctablemente a las armas. La presencia activa de los Partidos comunistas, con su experiencia política acumulada, con su influencia en el proletariado, puede contribuir a que, llegado el momento, la preparación y ejecución de la lucha armada se haga con la mayor economía de esfuerzos y costos posibles, con planes más científicos, al magistral estilo de los vietnamitas.

A su vez, es imprescindible que los movimientos revolucionarios no comunistas que aspiran a abrazar el marxismo leninismo o a veces se dicen los auténticos marxistas leninistas, no echen en saco roto ni la experiencia histórica ni la actual existencia de los Partidos Comunistas. También ellos deben desprenderse de los prejuicios y las generalizaciones tildando de "reformismo" todo cuestionamiento de la lucha armada.

El reformismo u oportunismo de derecha como el "izquierdismo" u oportunismo de izquierda, son categorías bien definidas por el marxismo leninismo y una cosa son partidos reformistas por definición y práctica o partidos ultraizquierdistas por las mismas consideraciones y otra cosa desviaciones temporarias en las líneas de los partidos revolucionarios. En general es bastante común la influencia ultraizquierdista en las organizaciones revolucionarias precisamente por su juventud, por falta de madurez e insuficiente relación con las masas. Pero el marxismo exige que todo tratamiento de una cuestión se lo haga en su desarrollo y por tanto es necesario analizar toda organización en su trayectoria.

Del mismo modo que todos los partidos comunistas latinoamericanos no son iguales, tampoco lo son sus trayectorias y evolución. Los partidos comunistas, independientemente de la eventual existencia de aparatos burocráticos, de los cuales no está exenta ninguna organización revolucionaria en algún momento, poseen una militancia verdaderamente revolucionaria y abnegada y lo que es más importante aún, una militancia formada en una concepción madura del proceso revolucionario que le permite soportar con más entereza los reveses de la lucha, algo que es más difícil en las organizaciones más jóvenes, menos científicas donde las derrotas a veces tienden a la desesperación o al desaliento. Estas son cosas que junto con el verdadero arte del trabajo entre las masas, los jóvenes revolucionarios deben aprender de los comunistas.

Y el marxismo que surgirá de esta fusión de voluntades revolucionarias será el marxismo que están creando las masas latinoamericanas recogido y sintetizado por el intelectual colectivo de un Gran Partido Comunista, un marxismo que tiene el contenido del marxismo leninismo, parte de los tres torrentes que confluyen al desarrollo de la revolución mundial: El Sistema Socialista Mundial, la clase obrera de los países capitalistas y los Movimientos de Liberación nacional. Un marxismo leninismo que tendrá su lenguaje propio, en donde la precisión científica de los ineluctables vocablos de origen greco-latinos alternarán con los giros regionales, las expresiones alegóricas y la metáfora pedagógica. Un marxismo que lejos de coquetear con el nacionalismo burgués y el populismo, con intransigencia ideológica y gran flexibilidad política, afirmará aún más el in-

ternacionalismo proletario en relación directa a dar respuesta a la cuestión nacional de cada país.

Y este marxismo, que no es una expresión de deseos, sino que está ya vigente en Cuba para Cuba, en pleno desarrollo en El Salvador y Centroamérica y en marcha en otros países, sólo puede dimanar de la confluencia de los Movimientos revolucionarios surgidos en la década del sesenta con el Movimiento Comunista Internacional.⁽⁷⁾

NOTAS:

- (1) Con sus criterios de sindicatos por oficios, los anarquistas tendían a establecer diferencias jerárquicas entre las diversas especialidades y entre oficiales y peones. Algunos oficios fueron verdaderas cofradías aristocráticas.
- (2) Mecánica comparación con la reacción del Termidor durante la Revolución francesa que desplazó a los jacobinos.
- (3) Comandante Fidel Castro: Informe al 1er. Congreso del PCC.
- (4) La experiencia de Yugoslavia y Albania no es similar al resto de los países socialistas de Europa del este, pero vale el ejemplo.
- (5) Comandante S. Handal: "El poder, el carácter y la vía de la Revolución y la unidad de la izquierda" ("Fundamentos y Perspectivas", No. 4). *(Los subrayados son nuestros.)*
- (6) Es necesario advertir que la tesis del compañero Handal se refiere específicamente a El Salvador.
- (7) Este artículo está escrito en tercera persona por razones de método, pero de ningún modo el autor tiene una posición "neutral". Como parte del movimiento revolucionario surgido en la década del sesenta, el autor asume y comparte la responsabilidad, la crítica y la autocrítica.

Luis Mattini

Febrero de 1983





...después de
...Dobelo en la
...atacaipa, se
...que preten-
...muni- liqui-
...tización.
...rdo, que la cam-
...campesinos, que a-
...libertad, porque ellos
...ignorantes y así debían
...la situación y la posibilidad
...vir incurrieren de exguardias
...los armados, es necesario, apro-
...de un impulso a las Milicias y c
...nites de "simon de inici- qu
...de r.

EL PODER, EL CARACTER Y VIA DE LA REVOLUCION, Y LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA

comandante Schafik Handal (PCS)

SOBRE EL PROBLEMA DEL PODER

El abecedario del marxismo-leninismo enseña que el problema fundamental de la revolución es el problema del poder; el alejamiento en la práctica de esta verdad es, a nuestro juicio, uno de los factores principales que, de no corregir a tiempo, podría habernos dejado fuera de la línea delantera de la revolución salvadoreña.

En América Latina han tenido lugar dos grandes revoluciones verdaderas, la de Cuba y la de Nicaragua y en ninguno de los dos casos los Partidos Comunistas estuvieron a la cabeza. En el caso de Nicaragua la experiencia con el Partido hermano fue desastrosa, exceptuando la parte de él que desde 1978 se incorporó a la lucha armada. Estamos convencidos de que la ausencia práctica de una clara conducta de lucha por el poder es el factor principal que explica estos resultados. Esta misma cuestión ha estado a la base, creemos nosotros, de las equivocadas caracterizaciones de ciertos procesos sociales y políticos reformistas en América Latina como "revoluciones". En la práctica esta caracterización no se confirmó, pero sirvió para determinar un papel de simple fuerza de apoyo para los partidos hermanos de los respectivos países.

Otra expresión de este mismo problema es el papel exagerado y, en algunos casos, la absolutización del papel que se asigna al Programa Económico-Social para determinar el carácter de la revolución, el curso de la lucha por su victoria y de la defensa y la consolidación de la misma. En Chile, durante el gobierno de Allende, por ejemplo, tanto los participantes de la Unidad Popular, como las fuerzas así llamadas ultra-izquierdistas, daban una importancia central y decisiva al Programa Económico-Social. Para unos, las claves de toda cuestión chilena, el futuro de la revolución chilena, residía en no sobrepasar los límites

del Programa de la Unidad Popular; mientras para los otros, todo consistía en radicalizar ese programa, rebasar sus límites. Mientras tanto, ninguno elaboró ni aplicó una orientación certera para resolver realmente el problema del poder, ni para defender el gobierno de Allende.

Me refiero al caso chileno porque creo que es casi de laboratorio: es curioso que cuando aparecieron objetivamente los procesos y corrientes que configuraban la posibilidad de resolver revolucionariamente el problema del poder, ni unos ni otros lo captaron. Tengo en cuenta la configuración dentro del ejército chileno de una corriente que comprendía bastante claramente la necesidad de solucionar el problema del poder. La dimensión y trascendencia de este hecho puede apreciarse en las anotaciones del Gral. Prat en su diario durante el año 1973⁽¹⁾. Es también curioso cómo la reacción atendió con precisión este asunto. Todo lo que la reacción hizo en Chile durante el gobierno de Allende, estaba dirigido a aplastar la posibilidad de perder el poder y cuando se configuró esta corriente en el ejército, su esfuerzo concentrado estuvo dirigido a deshacerse de Prat y sus compañeros. Cómo actuaron las fuerzas revolucionarias frente a este fenómeno? Nadie en definitiva defendió a Prat y a la parte del ejército que él encabezaba. Unos lo sacrificaron en aras de maniobras políticas creyendo honradamente que éstas traerían la salida a la crisis; y los otros consideraron que la presencia de Prat en el gobierno era "la presencia de la burguesía", que el pacto con Prat era "la traición a la revolución" y decidieron constituirse en la "oposición obrera y campesina". Cuando la corriente de Prat era fuerte y predominante, cuando derrotó el "tancazo" (junio de 1973), las masas intuyeron la importancia de aquel momento para resolver revolucionariamente el problema del poder; se

lanzaron a la calle, como todos sabemos, exigiendo golpear profundamente a la reacción, cerrar el Parlamento, depurar al ejército pero la dirección de aquel proceso no tomó resueltamente en sus manos estas banderas. No estoy defendiendo la idea de que todo se hubiera resuelto en Chile organizando la lucha alrededor de Prat; creo sí, que el apareamiento de la corriente encabezada por él y la marejada de masas que siguió a su victoria sobre el "tancazo", fue lo más cercano que hubo durante el gobierno de la UP a la solución del problema del poder para la revolución. Esa posibilidad apareció objetivamente y se constituyó así en una prueba para medir la claridad de las fuerzas revolucionarias sobre la tesis del marxismo leninismo de que "el problema del poder es el problema fundamental de toda revolución".

La historia de la revolución mundial ha refrendado esta verdad, una y otra vez. No es el Programa Económico-Social lo central y decisivo. Los ritmos en la aplicación del Programa Económico-Social, la radicalidad de los cambios económico-sociales, están en dependencia de las condiciones nacionales e internacionales en que se realiza cada revolución.

Los revolucionarios tienen la posibilidad de escoger el ritmo mejor, incluso de hacer pausas y hasta retrocesos si fuera necesario, a condición de que conquisten el poder y lo retengan firmemente en sus manos. La Revolución de Octubre y la NEP (Nueva Política Económica)⁽²⁾ es un ejemplo de necesaria desaceleración de los cambios económico-sociales. En Cuba, el Programa Económico-Social del Movimiento "26 de Julio" de hecho era sólo el discurso de Fidel "La historia me absolverá", desconocido para las grandes masas mayoritarias del pueblo antes del triunfo de la revolución; en la experiencia de la revolución cubana fue necesario acelerar, sin embargo la radicalidad de las transformaciones económico-sociales para defenderla frente a las asfixiantes medidas contrarrevolucionarias emprendidas por el imperialismo yanqui. La actual experiencia de Nicaragua, donde el ritmo y la profundidad de las transformaciones económico-sociales ha debido graduarse, es otra constatación práctica de la tesis que ya hemos dejado anotada, y se podrían citar ejemplos de Europa Oriental y Africa.

La dialéctica del problema del poder y el Programa Económico-Social es necesario esclarecerla a fondo. Hay que volver al planteamiento leninista una y otra vez; toda la cuestión planteada por Lenin en sus Tesis de Abril de 1917 apuntaba a la toma del poder por el proletariado revolucionario y su partido, a esclarecer y unir en torno de estos las fuerzas de las grandes masas campesinas y populares en general, para realizar la tarea.

Las Tesis de Abril siguen siendo el modelo de cómo enjuiciar el problema del poder y cómo determinar la conducta del Partido en la situación revolucionaria.

Responder a la pregunta de por qué el movimiento comunista de América Latina y otras regiones del Tercer Mundo, dejó de tener en el centro de su actuación la lucha por el Poder, es un asunto complejo; nosotros no tenemos una respuesta satisfactoria, de seguro hay varias. Yo voy a referirme a una: me parece que la solución del problema del carácter y la vía de la revolución está vinculada a este asunto.

EL CARACTER Y LA VIA DE LA REVOLUCION

En Cuba quedó demostrada una regularidad de la revolución en América Latina: la revolución que aquí madura es la revolución socialista. Quedó también demostrado en Cuba que no se puede ir al socialismo, que no se puede realizar la revolución socialista, sino con las banderas democráticas anti-imperialistas, que no puede realizarse hasta el fondo la revolución democrática anti-imperialista ni se puede defender sus conquistas si no se va al socialismo.

Dicho de otra manera: no se puede ir al socialismo sino por la vía de la revolución democrática antimperialista, pero tampoco se puede consumir la revolución democrática antimperialista sin ir hasta el socialismo. De manera que entre ambas hay un nexo esencial indisoluble, son facetas de una sola revolución y no dos revoluciones. Si vemos desde hoy hacia el futuro, la que tenemos planteada es la revolución democrática antimperialista y no se nos presentaría como una revolución aparte sino como la realización de las tareas propias de la primera fase de la revolución socialista.

Siendo así las cosas, se comprende aún mejor que no puede haber revolución

sin resolver a fondo el problema del poder y que no es necesario esperar a que las grandes masas tengan una conciencia socialista para ir a la toma revolucionaria del poder. En Cuba no había conciencia socialista generalizada antes de la victoria del primero de enero de 1959. A mí me parece que si se enfoca de esta manera el problema del carácter de la revolución, la actividad de los partidos revolucionarios no puede dejar de tener en su centro el problema del poder.

Yo no sé de dónde surgió este esquema, pero nuestro Partido, y me parece que muchos otros partidos comunistas de América Latina, hemos trabajado durante decenios con la idea de dos revoluciones y velamos la experiencia cubana como una "peculiaridad excepcional"; reaccionamos tanto y tantas veces contra el planteamiento izquierdista de la lucha por la implantación directa, sin prólogos, del socialismo, sin comprender la esencia del asunto y llegamos a convencernos a nosotros mismos de que la revolución democrática no es necesariamente una tarea a organizar y promover principalmente por nosotros, sino que en ella podríamos limitarnos a ser fuerza de apoyo, y conformarnos con ser fuerza de apoyo, en aras de asegurar la amplitud del abanico de las fuerzas democráticas participantes.

Así, la revolución democrática anti-imperialista se nos presentaba como una "vía de aproximación", que puede alcanzarse dejando en la delantera de la acción a sectores "progresistas", "antimperialistas", de las capas medias (de la intelectualidad, de los militares, etc.) y hasta de la burguesía. Las experiencias peruana, panameña y portuguesa (brevemente también la experiencia del gobierno del Gral. Juan Torres en Bolivia), parecieron confirmar esta Tesis, aunque ellas mismas terminaron negándola. Claro que en ningún documento partidario se dice expresamente tal cosa, pero la conducta práctica de nuestro Partido y de otros Partidos hermanos ha sido esa. El que surge de tal conducta no es ni puede ser el partido de la revolución, sino el partido de las reformas. El PCS, para asumir su papel revolucionario debió abandonar ese esquema equivocado.

Nosotros estamos convencidos de que en el movimiento comunista latinoamericano hay que hacer una gran lucha ideológica

para librarnos de ese lastre reformista.

Por supuesto que estoy lejos de pensar que éste es un análisis integral y suficientemente profundo; son simplemente reflexiones y preocupaciones, deducciones de nuestra propia experiencia y sugerencias para quienes trabajan en la esfera científica estudiando el proceso revolucionario mundial, son sugerencias para volver a este punto, una y otra vez, aunque parezca un asunto elemental.

La cuestión de la lucha por el Poder está ligada con demasiadas cosas, ante todo, con el problema de la vía de la revolución y del carácter de ésta. Si de lo que se trata es de que madura en América Latina la revolución socialista, hay que arrebatarle el poder a la burguesía, hay que destruir el aparato burocrático militar de la burguesía; esto en las condiciones actuales —y lo será así por muchísimo tiempo— no puede realizarse por vía pacífica. En América Latina esta tesis ha sido ya comprobada por la experiencia de dos revoluciones armadas triunfantes y por la derrota de dos intentos de consumar la vía pacífica, en los dos países más democráticos del continente: Chile y Uruguay. En ambos casos ejércitos "institucionalistas", "profesionalistas" y no tradicionales tropas gorilas tan difundidas en nuestro Continente, echaron a pique el barco y la navegación de la revolución por vía pacífica. Costa Rica —la "Suiza de América"— que "no tiene ejército", se encuentra sacudida hoy por una vertiginosa carrera represiva, de organización y acción de bandas fascistas armadas, sobre el escenario de una desenfundada crisis económica. Nadie se afilia ahora en Costa Rica a la hipótesis de una evolución pacífica de la revolución. La idea de la vía pacífica para la revolución en América Latina está ligada al reformismo, a mi juicio.

En la sociedad latinoamericana hay muchas fuerzas progresistas; podría pensarse que uniendo estos sectores progresistas se puede influir sobre lo que suele llamarse hoy "centros y aparatos de poder" y, poco a poco, ir modificando la esencia del Estado, "tomar el poder por partes". Si aceptamos que la revolución democrática antiimperialista es parte inseparable de la revolución socialista, no se puede realizar la revolución tomando pacíficamente el poder por cuotas, será indispen-

sable bajo una u otra forma, dismantelar la máquina estatal de los capitalistas y sus amos imperialistas, erigir un nuevo poder y nuevo Estado. En tales condiciones resulta evidente que la vía pacífica no es la vía de la revolución.

Manejar este problema de la vía de la revolución en América Latina a partir de que es indiscutiblemente verdadera (con fuerza de dogma) la afirmación de que hay posibilidades iguales, equitativas, por la vía armada y la vía pacífica es, en nuestra opinión un error muy grave, incluso si esta tesis se formula como una afirmación "en principio". Es igualmente un grave error manejar la cuestión de la vía de la revolución como un asunto puramente "táctico", sujeto a "imprevisibles variaciones". Ambos esquemas son un planteo eufemístico de la posición reformista, no revolucionaria, que enajena el papel de vanguardia del partido comunista.

Desde luego, la vía armada de la revolución no excluye la lucha por la realización de las reformas económico-sociales. Esta lucha juega un importante papel en la educación política de las masas y las alianzas; además, los cambios "profundos" del programa democrático antimperialista son en esencia reformas, ya que por sí solos no pueden abolir el capitalismo y, por el contrario, pueden reforzarlo; lo que imprime un carácter revolucionario a ese Programa es la lucha revolucionaria por el poder y la toma revolucionaria del poder.

En la experiencia del PCS, los erróneos enfoques y en ciertos aspectos fundamentales, menos que errores, debilidades teórico-ideológicas relacionadas con los problemas del poder, el carácter y la vía de la revolución, junto con la influencia de las concepciones de nuestros aliados democráticos en el curso de la lucha electoral de once años, en la que participamos los comunistas, engendraron en nuestras filas esquemas e ilusiones reformistas. Deshacerse de ellos requirió autocritica franca y profunda, junto con medidas audaces y difíciles.

La participación del PCS en la lucha electoral fue acertada. La lucha electoral se había convertido objetivamente en la arena principal de la lucha política nacional desde 1964, sobre la base de la industrialización y del gran auge económico (1963-1968) que entonces se lograba, en el marco de los convenios del Mercado Común Cen-

troamericano y después de la reforma legal que permitió la representación proporcional en la Asamblea Legislativa. No participar en la lucha electoral significaba de hecho colocarse bastante al margen de la lucha política y además abandonar a las masas al control ideológico de la burguesía.

Es cierto que desde 1970 las organizaciones revolucionarias armadas, surgidas ese año, repudiaron la lucha electoral y se abstuvieron de participar en ella. Pero también es cierto, como lo reconoce hoy la mayoría de esas organizaciones hermanas, que el crecimiento y desarrollo de la lucha armada recibió no poca contribución proveniente de la politización y radicalización de las masas, a lo cual contribuyó la participación de los comunistas en las frecuentes contiendas electorales (tres elecciones presidenciales y seis elecciones parlamentarias y municipales entre 1966 y 1977).

En efecto, la participación del PCS en la lucha electoral de once años, aunque no con su propio nombre a causa de su ilegalidad, facilitó a las masas trabajadoras y populares en general, hacer un intenso aprendizaje político, conquistó a la mayoría para la causa democrática antimperialista, alertó a tiempo al pueblo y a todas las fuerzas democráticas contra el peligro del fascismo, ayudó a precipitar la crisis de la dictadura militar como sistema político de dominación.

No en balde escribió Lenin en su folleto "Acerca del Estado", publicado en 1929: "... sólo el capitalismo, gracias a la lucha urbana, permitió a la clase oprimida de los proletarios adquirir conciencia de sí misma y crear el movimiento obrero universal, los millones de obreros organizados en partidos en el mundo entero, los partidos socialistas que dirigen conscientemente la lucha de las masas. Sin parlamentarismo, sin elecciones, este desarrollo de la clase obrera habría sido imposible". (*El subrayado es nuestro.*)

La vida ha demostrado en El Salvador, que la participación electoral de los comunistas hizo una grande contribución política al movimiento de lucha por la revolución y que, mirando desde hoy a todo aquel período se puede afirmar que el actual movimiento revolucionario, su Programa, su línea, es una síntesis de la lucha armada y de masas de las organizaciones hermanas, de sus elaboraciones ideológico-políticas, y de la lucha política y de masas

y la línea del PCS.

A pesar de todo lo positivo de nuestra participación electoral, es necesario insistir en señalar que ella mantuvo vivas y en cierto modo reforzó las manifestaciones ideológico-políticas del reformismo en nuestras filas, empezando por la misma Dirección, aunque nunca se adoptó oficialmente la vía pacífica de la revolución.

El movimiento electoral llevó a la mayoría del pueblo a enfrentar el fraude, la imposición y la represión y así, en la práctica —no sólo para nosotros, sino también para las grandes masas— se agotaron las posibilidades de la "vía" de las elecciones para democratizar y transformar el país. Nosotros sabíamos que así ocurriría y ayudamos a las masas a realizar el aprendizaje de esta verdad llevándolas a enfrentarse con ella y realizando una propaganda esclarecedora sistemática. En la escuela insustituible de su propia experiencia, las grandes masas aprendieron a conocer el verdadero rostro de la dictadura militar reaccionaria, su fraudulento juego con las elecciones, se liberaron de las ilusiones de la "vía" electoral y comprendieron que no hay otro camino para alcanzar la democracia, la justicia social y el progreso al servicio del pueblo, que el derrocamiento por medio de la violencia revolucionaria de la dictadura, cada día más sanguinaria y opresiva. Repito, los comunistas ayudamos conscientemente a las masas a realizar ese aprendizaje. En nuestras campañas electorales dijimos que no se debía esperar de las urnas el poder, que éstas eran un punto de paso en el camino y que el poder habría que conquistarlo con otra forma de lucha. Esto contribuyó a preparar las condiciones políticas para el viraje extenso, multitudinario, de las masas hacia el apoyo de la lucha armada y a la incorporación de un creciente número de sus componentes como militantes y combatientes de las organizaciones armadas.

Pero llegado este momento —en febrero de 1977— y a pesar de que la Comisión Política del CC acordó realizar el viraje de nuestro Partido hacia la lucha armada que le diera continuidad a la lucha política del pueblo, demoramos dos años en consumarlo. Tuvimos que hacer un gran esfuerzo analítico y autocrítico para encontrar las causas de esa demora. El éxito de ese esfuerzo pudo alcanzarse principal-

mente porque logramos eludir el método, frecuentemente practicado en circunstancias semejantes, consistente en echarse la culpa unos a otros en el Partido o de culpar a otras Organizaciones y con lo que de hecho se evita a menudo enfrentar la verdad y llega en cambio a provocarse fraccionamientos. El fraccionamiento habría podido marginar al Partido de la vida política del país. Las conclusiones del esfuerzo analítico del PCS pueden resumirse así: existían obstáculos ideológicos y orgánicos que chocaban contra las decisiones de realizar el viraje a la lucha armada.

Por lo que se refiere a los obstáculos ideológicos ya he hablado. Lo principal de los obstáculos orgánicos consistía en que cuadros del partido, los cuadros de la Dirección Nacional e intermedios, que son el cerebro, los huesos y nervios del Partido, de quienes depende decisivamente la elaboración y el cumplimiento de los acuerdos centrales, no sabían cómo organizar el paso a la lucha armada, ni cómo combinarla con la lucha política. Su formación era unilateral. Nuestros cuadros eran sumamente eficientes e incluso innovadores para desarrollar la lucha de masas no armada: para la propaganda, para la agitación, para el trabajo con los aliados democráticos, para el trabajo en las Universidades, pero cuando llegó la hora de implementar esta forma superior de lucha, no estábamos preparados para ello.

Teníamos una Comisión Militar, pero el conjunto de los cuadros del Partido, que es lo decisivo, no sabía cómo llevar a la práctica las orientaciones acerca de la lucha armada. Para superar este obstáculo, la Dirección emprendió pasos audaces, basándose en los acuerdos del VII Congreso, realizado en la clandestinidad en abril de 1979: se abandonó la idea de que la Comisión Militar es la encargada de formar un aparato militar separado del cuerpo del Partido, una especie de dispositivo que debe salir de su misterioso escondite y entrar en acción cuando llega el momento. La vida demostró que de ese modo no pudo crearse tan milagroso mecanismo. Los compañeros de la Comisión Militar no tenían la culpa, esa situación era el resultado de un defecto esencial en la política general para la formación de cuadros del Partido, política sin duda vinculada a las concepciones reformistas no derrotadas totalmente.

Además, si la Comisión Militar hubiera logrado desarrollar ese tipo de aparato militar, hubiéramos tenido un tremendo problema. Por lo general, según la experiencia de otros partidos, aquí mismo en el área centroamericana, esto termina en un enfrentamiento entre la Comisión Militar y el resto de la Dirección. En la base de las contradicciones entre las comisiones militares y el resto del Partido, independientemente de si unos u otros llevan la razón en cada conflicto concreto, se encuentra este problema de la incapacidad del conjunto del Partido para organizar y dirigir la lucha armada cuando llega el momento de hacerlo.

Este problema sólo podía resolverse convirtiendo al Partido en su conjunto en jefe y actor, no sólo de su lucha política sino también de su lucha armada, haciéndolo el gran combinador y director de todas las formas de lucha. Para lograrlo tuvimos que tomar medidas audaces: hicimos que un número rápidamente creciente de los miembros del Comité Central, de la Comisión Política, de los comités dirigentes intermedios y una masa grande del Partido y la Juventud Comunista de El Salvador, JCS, estudiaran los problemas de la lucha armada revolucionaria y se ejercitaran en el arte y la técnica militar, no para dedicar a todos ellos al aparato militar, sino para practicar la convicción de que la lucha armada del Partido debe ser organizada, realizada y dirigida por el Partido, por sus organismos dirigentes y de base.

El acierto de aquella orientación se confirmó en los hechos: nuestras fuerzas armadas se han multiplicado ya muchas veces desde los días siguientes al VII Congreso, y lo que es más importante, combaten hoy con creciente capacidad y eficacia. Si nosotros no hubiéramos hecho este viraje orgánico, las masas habrían continuado tocando a las puertas de nuestro Partido, pidiendo incorporarse y no hubiéramos podido asimilarlas, excepto a unos cuantos individuos; el Partido habría quedado así excluido de la fila delantera de la revolución, quizás se habría dividido y liquidado.

Quiero subrayar, a partir de nuestra experiencia, la conclusión de que a las concepciones reformistas con respecto al problema del poder y la vía de la revolución viene unida la existencia de una estructura orgánica partidaria atrofiada, reformista

también; nuestros partidos son capaces de organizar la lucha sindical, la agitación y la propaganda política, las manifestaciones de masas, las huelgas, las campañas electorales y demás actividades similares, pero no más; así sólo podemos ser fuerza de apoyo, estamos condenados a ser fuerza de apoyo.

LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

Ligada con todos estos problemas está la cuestión de la unidad de las fuerzas de la izquierda revolucionaria, la actitud de los comunistas con respecto a las organizaciones revolucionarias surgidas fuera de las estructuras de su Partido. Es curioso y sintomático que los partidos comunistas hayamos mostrado en los últimos decenios una gran capacidad para entendernos con los vecinos del lado derecho, mientras en cambio, no logramos en la mayoría de casos establecer relaciones, alianzas estables y progresivas con nuestros vecinos del lado izquierdo. Entendemos perfectamente todos los matices que van desde nosotros hacia la derecha, sus orígenes, su significación, etc., pero respecto a quienes están a la izquierda nuestra, no somos capaces de comprender la esencia misma del fenómeno de su existencia y características, ni su significación histórica objetiva, ni nuestras tareas hacia ellos. Los comunistas latinoamericanos no tuvimos, durante mucho tiempo, una línea consistente y sistemática para unir a todas las fuerzas de la izquierda, incluida la izquierda armada.

No hay nada despectivo ni menospreciativo en la denominación "vecinos del lado derecho", es sólo un recurso para graficar la exposición de estas ideas. Los comunistas salvadoreños, nos enorgullecemos y nos sentimos honrados por la amistad de una gran parte de estos aliados, firmes y consecuentes luchadores por los ideales democráticos, de independencia y progreso social.

En esto juegan su papel varios factores, desde luego; lo principal sin embargo es que, por lo general —aunque no en todos los casos— los que a nuestra izquierda empuñan las armas se comprometen en una lucha revolucionaria real; cometen muchos errores típicos del izquierdismo en sus planteamientos políticos, atacando duramente al Partido de los comunistas, pero aciertan en un punto fundamental: traba-

jan obsesionados por organizar y promover la lucha armada, que en América Latina y en tantas otras regiones del Tercer Mundo ha demostrado ser la vía de la revolución. En la medida que persisten en su lucha, si sus errores no los hacen sucumbir, aprenden poco a poco de sus reveses, corrigen sus errores políticos y se liberan por fin de su enfermedad izquierdista; aunque muchas de esas organizaciones jamás logran corregir y, si no sucumben, vegetan incluso por decenios, como grupos de catacumba, dejan de ser revolucionarios, derivan hacia el terrorismo individual. Una correcta línea de lucha por la unidad de la izquierda impulsada por los comunistas, podría acelerar o ayudar a surgir la corrección de los errores izquierdistas. Pero los comunistas no pueden jugar ese papel si no corrigen sus propios errores de derecha, su reformismo.

Mientras no llega la corrección del reformismo, las relaciones entre los comunistas y la izquierda armada —haciendo a un lado toda retórica— se plantea en la práctica y esencia, como la relación entre la reforma y la revolución; y está claro que los reformistas pueden entenderse mejor con otros reformistas. Esa, creo yo, es la explicación de por qué los comunistas latinoamericanos hemos sabido entendernos mejor con los que están a nuestra derecha que con los que están a nuestra izquierda.

Por supuesto que en esto están implicados muchos otros aspectos del problema, primero que todo el hecho de que puedan surgir otras organizaciones revolucionarias al margen de las estructuras de nuestros Partidos. El viejo discurso dogmático de que el Partido Comunista es, por definición, "el Partido de la Clase Obrera", la "Vanguardia de la lucha antimperialista y por el Socialismo", etc., reduce e incluso bloquea nuestra capacidad para comprender que en las condiciones sociales y políticas (de clase) engendradas por el capitalismo dependiente en América Latina, es imposible que tales organizaciones de la izquierda armada dejen de surgir y de existir y que, por tanto, es absolutamente indispensable realizar una sistemática política hacia ellas, que combine la lucha ideológica contra sus errores y la lucha por la unidad con ellas, basada en la elevación real del carácter revolucionario,

del carácter clasista y de la vanguardialidad de nuestro Partido.

Entre las causas que hicieron posible el surgimiento de organizaciones revolucionarias fuera de las estructuras del PCS, tienen un lugar importante los rasgos reformistas de su política, los cuales ya he puntualizado, su incompreensión de los problemas y posibilidades prácticas para organizar, y desarrollar la lucha armada en las condiciones de nuestro pequeño y densamente poblado país (un documento aprobado en marzo de 1968 prácticamente descartaba que se pudiera desarrollar la guerra de guerrillas, excepto para defender el poder revolucionario instaurado por medio de una insurrección general).

Pero los errores y debilidades del Partido Comunista no son la causa absoluta del surgimiento de dichas organizaciones, como se ha alegado por algunos. Incluso si el Partido no hubiera cometido tales errores habrían surgido una o más organizaciones izquierdistas, como lo han demostrado experiencias, entre ellas la de los bolcheviques.

Es que además de causas subjetivas existen también determinantes causas objetivas que tienen sus raíces en la estructura clasista y los fenómenos sociales propios del capitalismo dependiente, cuando el modo de producción y la superestructura estatal albergan residuos de formaciones sociales pre-capitalistas o del capitalismo inicial. En El Salvador, los procesos que empujaron una brusca expansión del capitalismo dependiente tuvieron lugar en los años 50 y, sobre todo, en los sesenta. Estos procesos tuvieron en la escena a nuevos sujetos sociales, sin los cuales es imposible entender el abanico de todas las fuerzas políticas que hoy se enfrentan en El Salvador.

Examinemos la cuestión de los nuevos sujetos populares: surgió una nueva clase obrera del proceso de industrialización de aquellos años, más calificada desde el punto de vista técnico, pero con una conciencia de clase mucho más débil que la vieja clase obrera artesanal, producto de su reciente origen social campesino y pequeño-burgués provinciano; un proletariado y semi-proletariado agrícola muy resentido por su reciente proletarización y, por lo tanto, muy explosivo; un enorme sector marginal urbano producto de la emigración rural provocada por el desarrollo del capitalismo en la agricultura; y un importante

sector pequeño burgués intelectual, también marginal, nacido de la expansión de la educación media y universitaria, que no tiene correspondencia con las capacidades ocupacionales que el establecimiento económico nacional proporciona.

Sólo si se entiende esta cuestión de los nuevos sujetos sociales creados por la expansión del capitalismo dependiente, se puede comprender que la posibilidad del surgimiento de verdaderas organizaciones políticas revolucionarias fuera de las estructuras del Partido Comunista existe objetivamente y que es propio de los países del capitalismo dependiente mucho más que de los países del capitalismo desarrollado. Se trata de organizaciones que adhieren al marxismo-leninismo, que se plantean las perspectivas del socialismo, pese a no estar vinculadas al Movimiento Comunista Internacional.

Desde luego, no faltan los casos en que tales grupos degeneran incluso en despreciables reductos de provocación y diversionismo ideológico.

En América Latina el discurso de estas organizaciones es muy similar al izquierdismo infantil criticado por Lenin, pero los sujetos no son exactamente idénticos. Estas organizaciones aparecen incluso donde hay partidos comunistas desarrollados y reaparecen aún de ser derrotadas y aniquiladas físicamente, no son, pues, propiamente expresiones de la infancia del movimiento obrero y de los Partidos Comunistas, que se supera por el desarrollo de estos, sino que se repite constantemente originando organizaciones con frecuencia mayores que los respectivos partidos comunistas. Los partidos comunistas en la mayoría de nuestros países son pequeños y poco influyentes, pese a que su promedio de edad está alrededor del medio siglo.

En América Latina es este un fenómeno recurrente que posee su propio sustento social, mayoritario en la sociedad capitalista dependiente. De allí que si se analiza el problema sólo atendiendo el discurso de las organizaciones surgidas al margen del Partido (PC), se puede cometer el error de pensar: "realizando una lucha ideológica y política enérgica contra el izquierdismo, desaparecerán estos grupos izquierdistas o se reducirán a lo insignificante". Este esquema ha fracasado en América Latina, no condujo al desaparecimiento de las organi-

zaciones "izquierdistas", ni a la unidad de las fuerzas revolucionarias, sino al enfrentamiento de los partidos comunistas con las demás organizaciones revolucionarias, favoreció el fortalecimiento de corrientes reformistas en las filas comunistas y no contribuyó tampoco a la maduración del propio partido, si vamos a entender por madurez no la edad sino la comprensión de la vida que nos rodea, la realidad social y política en que se está inmerso y la capacidad para cambiarla. En numerosos casos algunas de esas organizaciones "izquierdistas" no sólo crecieron más que el respectivo partido comunista, sino también maduraron antes que él y condujeron a los trabajadores y otras clases y capas populares a realizar victoriosamente la revolución democrática antimperialista y se transformaron, o se transforman hoy en el partido marxista-leninista que encabeza la construcción del socialismo o la marcha hacia éste.

Pienso que, tienen una gran importancia el análisis de las condiciones objetivas sobre las cuales surge el fenómeno de la proliferación de las organizaciones de izquierda. He tratado de bosquejar el problema, de plantearlo en el terreno objetivo y ofrecerlo así a la discusión. Estoy convencido, repito, de que entender esto es ya ganar más de la mitad de las premisas necesarias para elaborar una política correcta de unidad de las fuerzas revolucionarias y del movimiento revolucionario.

Yo sostengo, pues, que independientemente de que los partidos comunistas cometan errores o no, existen raíces sociales en América Latina y otras regiones de similar desarrollo social en el mundo, para que surjan esas organizaciones. Esto se deduce de nuestra experiencia y no sólo de ella; puede verse muy claramente esta verdad, si se tiene en cuenta que el PCS fue durante 40 años un luchador solitario por las ideas del socialismo y el comunismo, incluso la única organización de izquierda en el país (desde su fundación en 1930, hasta el apareamiento de organizaciones de la izquierda armada en 1970). Durante cuarenta años nuestro partido sufrió más y durante más tiempo por su enfermedad reformista (que sí lo afectó en algunos momentos) y, sin embargo, pudieron surgir nuevas organizaciones revolucionarias únicamente hasta después de que el sustancial despliegue del capitalismo de-

pendiente cambió el panorama social, engendró una nueva estructura clasista.

Durante más de 5 años el PCS realizó una activa polémica pública con los planteamientos y posiciones políticas de las organizaciones de la izquierda armada. La característica principal del estilo y el método de nuestra polémica consistió en descartar la utilización de adjetivos en sustitución del análisis y abordar analítica, clara, persuasivamente y lo más a fondo posible temas fundamentales de las discrepancias entre nuestras líneas generales y entre nuestras concepciones ideológicas. Nos esforzamos en exponer y desarrollar nuestra política de alianzas, nuestra tesis sobre el carácter de la revolución, nuestra táctica en las elecciones, nuestra opinión acerca de las posibilidades de la real configuración del fascismo en las condiciones de América Latina (posibilidad negada por algunas organizaciones) y sobre el proceso concreto de fascistización de la vieja dictadura militar que se desarrollaba en nuestro país. Realizábamos nuestra polémica pronunciándonos a favor de la unidad de la izquierda y en el marco una lucha expresa por alcanzar dicha unidad. Corresponde al PCS el mérito de haber enarbolado primero y defendido más sistemáticamente la bandera de la unidad de la izquierda.

No obstante las virtudes de nuestra polémica, que sin duda contribuyó a esclarecer la temática teórico-política que confrontaba el movimiento revolucionario y democrático, hubo en ella una debilidad: el tema de la vía de la revolución no fue abordado; la dialéctica relacionada con el poder y el programa económico-social, sólo fue abordado en los días siguientes del triunfo de la Revolución Popular Sandinista. Este vacío en la temática de nuestra polémica no fue casual: resultaba de las amarraduras reformistas a que me he referido antes.

Durante la preparación y discusión de los "Fundamentos y Tesis de la Línea General del PCS" y del Informe del Comité Central, sometidos al VII Congreso y en el marco del esfuerzo autocrítico por realizar el viraje hacia la lucha armada, fue que elaboramos de un modo más profundo y acabado nuestra concepción sobre la unidad de la izquierda revolucionaria.

En enero de 1979, cuando apenas se

habían realizado menos de cinco contactos nuestros en total, con algunas organizaciones de la izquierda armada y cuando aún no aparecía en el terreno práctico un camino abierto hacia la unidad, el CC entregó a la discusión de las células, incluidas las de la Juventud Comunista, las Tesis sobre la construcción del Partido. Este es el único capítulo del Documento "Fundamentos y Tesis" que no fue incluido en su publicación por la secretividad de muchos de sus aspectos. De allí tomamos los siguientes párrafos, en los que se define nuestra línea de unidad de la izquierda revolucionaria:

"... La perspectiva de desarrollo del proceso revolucionario en nuestro país apunta hacia un acercamiento progresivo aunque de ninguna manera fácil —sin inconsecuencias ni retrocesos—, entre estas organizaciones y nuestro Partido y, con ello, se abre como posibilidad —a plazo más o menos largo— la formación de una dirección revolucionaria única e incluso, la integración de una parte de todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria en un Partido Marxista Leninista único".

"Nuestro Partido, al luchar por la unidad de la izquierda considera esta perspectiva hacia la Dirección Unica de la Revolución y al Partido Marxista Leninista único, como la más lógica, la más deseable y provechosa culminación del proceso unitario; considera este proceso como parte de la construcción y desarrollo de la vanguardia proletaria marxista-leninista de la revolución."

"El proceso hacia la unificación es y será complejo; comprende a la vez: los acercamientos, el diálogo camaraderil y la polémica ideológica, el esfuerzo por converger hacia la unidad de acción y la discusión de las divergencias, el esfuerzo por suprimir la virulencia en este debate y por alcanzar acuerdos cada vez más significativos, la cooperación práctica mutua y la emulación en el trabajo por el desarrollo de cada organización, el esfuerzo por superar el hegemonismo sectario, marrullero..."

"Se trata, pues, de un proceso en el que se entrelazan la búsqueda de la

unidad y la lucha. Realizar esforzada y sistemáticamente los pasos hacia la unidad y llevar adelante esta lucha, pero realizándola como una lucha por la unidad, tal es la orientación del PCS a este respecto."

"El PCS considera que la construcción y desarrollo del Partido Marxista Leninista solamente puede realizarse con éxito:"

"a.— Si se logra una sólida unidad ideológico-política, orgánica y de acción."

"b.— Si se vincula amplia y profundamente con las grandes masas ante todo con las masas obreras y trabajadoras en general."

"c.— Si se mantiene su esencia clasista proletaria, su carácter revolucionario y su vanguardia."

"d.— Si se hace de él una fuerza altamente organizada."

"e.— Si se logra imprimir y mantener una disciplina férrea en sus filas."

Palabras finales

El PCS no es el único destacamento del movimiento Comunista latinoamericano que realiza este fundamental viraje revolucionario. Son varios los Partidos que en el Sur y Centroamérica aceptan el reto de la lucha armada y la unidad de las fuerzas revolucio-

narias. Esta es la salida ya en marcha de una larga crisis de nuestro movimiento y el peso que este agregará a la lucha por la revolución una vez sanado de sus enfermedades será muy grande.

La revolución triunfará después de aprender de sus reveses en nuestro Continente, que vive hoy una situación revolucionaria que va extendiéndose desde Centroamérica y el Caribe que, hoy por hoy, es el epicentro del terremoto que está desplomando el dominio imperialista, las dictaduras militares y la explotación oligárquica.

Diciembre de 1981



NOTAS

(1) "Una vida dedicada a la defensa de la Constitución", General Carlos Prat, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

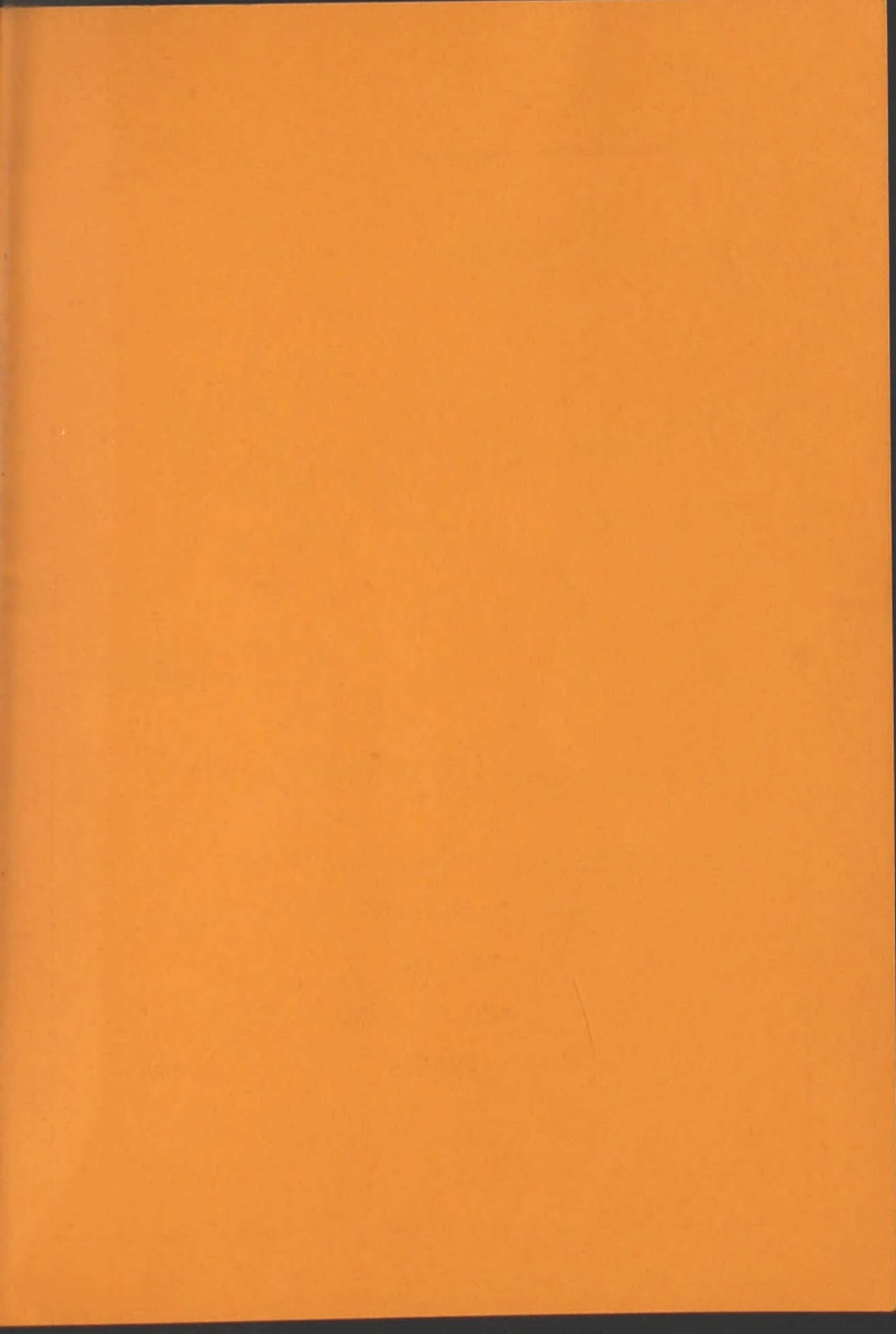
(2) NEP: Nueva Política Económica aplicada por consejo de Lenin desde finales de 1921 y comienzos de 1922 (después de la guerra civil y la intervención militar extranjera), que abarcó varios años y comprendió el repliegue temporal y la consiguiente reanimación del capitalismo, dentro de ciertos límites y la ofensiva posterior hacia el socialismo, en la confluencia de los años 20 y 30.



Indice

Introducción	2
La tercera internacional y el fracaso de los PC....	3
Los comunistas y el movimiento revolucionario latinoamericano.....	5
La experiencia de El Salvador.....	6
Un nuevo marxismo ?	7
<u>El poder, el caracter y vía de la revolución y la</u>	
<u>unidad de la izquierda, por Schafik Handal (PCS).</u>	
Sobre el problema del poder.....	13
El caracter y la vía de la revolución	14
La unidad de la izquierda revolucionaria	18
Palabras finales	22

ESTE SUPLEMENTO SE DISTRIBUYE JUNTO AL nro.21
DE "aportes", CORRESPONDIENTE AL MES DE ABRIL
DE 1983. SU CONTENIDO PUEDE REPRODUCIRSE, MEN
CIONANDOSE SU PROCEDENCIA.



contra la "política" del avestruz



lea y divulgue aportes

SUSCRIPCION ANUAL: 45 coronas suecas (3 nros.) .-

POSTGIRO nr. 441 69 24 - 1

BOX 760

220 07 LUND

SUECIA